

ORACION FUNEBRE PRONUNCIADA POR EL ACADEMICO LIC. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ EN EL SEPELIO DEL ACADEMICO, ESCRITOR Y POETA RAMON EMILIO JIMENEZ

Son tres instituciones culturales las que hablan por mi humilde intermedio para expresar el dolor de este día ante la partida sin retorno de Ramón Emilio Jiménez. La Academia Dominicana de la Historia, la Academia Dominicana de la Lengua y el Instituto Duarte. A las tres dió su espíritu, su sapiencia, sus talentos, su bondad. Esta concurrencia de instituciones en un solo duelo es señal suficiente de la vastedad e intensidad del campo abarcado por la generosa influencia intelectual del ilustre fallecido. La extensa y variada obra escrita que dejó, en la forma perenne del libro y en la pasajera de la hoja periódica, es la prueba palmaria de que el honor de su pertenencia a estas instituciones no significó en él un galardón insubstancial, sino la rigurosa consecuencia de su valor como apasionado de la historia, como pulcro y fecundo artista de la palabra, y como patriota digno del patrón duartiano.

Venido al mundo el 18 de septiembre de 1886, en momentos tan tormentosos para la vida nacional, que ese mismo día una bala perdida hirió al recién nacido, Ramón Emilio Jiménez formó su hombría de bien al amor de aquellas dos madres que fueron para él un culto inextinguible, perpetuado en versos inolvidables.

Tempranamente manifiesta su decidida vocación por las letras y ya en 1906, de veinte años, funda con José Antonio Hungría la revista "El Pensamiento", al tiempo que a la sombra benéfica del ilustres educador Manuel de Jesús Peña y Reynoso se hace de una cultura que le pone a la altura de su tiempo y le amplía la conciencia de su condición de dominicano.

Tan dominicano se formó, con tal intensidad asumió su papel de dominicano comprometido en extraer y sublimar la esencia de lo dominicano, que su vida fue un sacerdocio consagrado en un ferviente ideal dominicanista. De esta constante inquie-



tud surgieron obras que a todos los dominicanos nos hacen más dominicanos después de conocerlas. Tales son “El Patriotismo y la Escuela”, “Savia Dominicana”, “La Patria en la Canción”, “Del Lenguaje Dominicano” y “Al Amor del Bohío”.

No parece sino que aquella bala con que lo saludó su mundo al nacer abrió su espíritu a la inaplazable urgencia de superar la barbarie. Así nos lo hace pensar el conocimiento de su ansia incontenible de educar, desenvuelta en los tres campos elegidos por él para su apostolado dominicanista: la escuela, la prensa y el libro.

En el primero de estos campos describió su actuación una parábola ascendente: maestro en las principales escuelas de Santiago de los Caballeros, incluso en la Normal; director de escuela; inspector de instrucción pública; intendente departamental; superintendente general de enseñanzaá delegado en congresos educacionales internacionales; secretario de estado de edducción y presidente ex officio del Consejo Nacional de Educación.

En el segundo campo de su predilección, comenzó por ocupar plaza en las redacciones de los diarios santiagueses “El Diario” y “La Información”, llegando a ser director del primero. Luego amplió considerablemente su profesión de periodista en los principales periódicos y revistas nacionales y en varios extranjeros, ostentando brillantemente en Madrid, en 1930, la representación dominicana en un congreso internacional de prensa, y ocupando por un tiempo la dirección del diario “La Nación” de Santo Domingo.

En el campo del libro dió forma a sus desvelos patrióticos, a sus emociones poéticas, a sus concepciones doctrinarias y literarias, a sus vivencias religiosas, a sus ideas pedagógicas, en otros tomos se suman a los ya citados: “Lirios del trópico”, El Monólogo de un rey”, “Espumas en la roca”, “El rey del cielo y de la tierra”, “Diana Lírica”, “El espíritu de la escuela activa”, “Espigas sueltas” y “Naturaleza y hombre”. Dejó también panegíricos de Benito Juárez y del Arzobispo Nouel; un elogio del poeta Santos Chocano; una briografía del maestro José de Js. Ravelo; prólogos a obras de Virgilio Martínez Reyna, Joaquín



Balaguer, José de Jesús Reyes, Emilio Prud'Homme y otros, y una selección y prólogo de las Narraciones Dominicanas de un autor que le va muy de cerca a quien os habla, de quien heredó la admiración y el afecto al poeta, educador y periodista que hoy despedimos.

El curriculum vitae de don Ramón Emilio Jiménez es extenso porque vivió para el bien, para la verdad y para la belleza, pero el recuerdo de su vasta obra, que también abarca las esferas del legislador y del político, no es para las instituciones y amigos que hoy lloran su ida lo que más concita su aflicción y su homenaje. Es Ramón Emilio Jiménez persona; es su hondo sentido de la convivencia entre amigos; es su gran capacidad de amor; es su actitud generosa y abierta hacia los demás, es su sonrisa de amigo y su mirada limpia. Estas virtudes de don Ramón Emilio Jiménez resonaban en forma de hondo cariño hacia él en quienes disfrutamos de su compañía.

Por eso la Academia Dominicana de la Historia, la Academia Dominicana de la Lengua y el Instituto Duarte, como instituciones y como conjuntos de amigos de don Ramón Emilio Jiménez, al tiempo que conservaremos el tesoro de lo que de él perdura, es decir: su recuerdo, su ejemplo y su obra, sentimos junto con sus deudos, el dolor de lo que de él se va y no vuelve, que es la inmediatez de su persona, el beneficio de su proximidad y su trato, la luz orientadora que derramaba día tras día. Por eso estamos de duelo y expresamos nuestro duelo. Por eso nuestro homenaje de despedida se resuelve en una plegaria viva y sincera para que la justicia divina le premie su paso por la tierra.

